

en que todos los presentes querían, en serio, que lo diese, y en serio realizaron lo preciso para lograrlo.

..

No he pasado, en la *magia blanca*, de este ligerísimo solaz; y cuando ya interviene el *medium* y se verifica otra clase de tentativas, á pesar mío me siento invadida por los mismos recelos y desconfianzas escamomas de los tertulianos que creían empujado el velador con los pies para que se levantara y danzase en el aire. Unos artículos recientes y notables de Camilo Flammarión han disipado algún tanto mis recelos, convirtiéndolos en parte á la opinión del autor, que entiende que en todo ello no hay más que efectos de fuerzas naturales, hasta hoy desconocidas. Sin género de duda, mucho queda por averiguar á los hombres de ciencia del porvenir. No podemos menos de experimentar asombro y hasta duda ante las cosas que cuenta Flammarión de sus pruebas y curiosidades con la *medium* Eusapia Paladino, célebre en los fastos de la magia blanca moderna. El poner en movimiento mesas y veladores, es el a, b, c de estos juegos misterioso-científicos. Los veladores se disparan en carrera loca, se precipitan sobre las mesas, y quedan sujetos á ellas, temblando. Pero lo más extraño y curioso, lo que en el estado actual de los conocimientos no se explica, es un enigma sin clave, son otras manifestaciones de esas desconocidas fuerzas naturales, cuyo estudio pertenece á las generaciones futuras. Flammarión afirma haber recibido, en la cámara donde se instaló la *medium*, puñetazos de puños sin brazo que los sostenga, bofetones de manos sueltas, caricias de dedos invisibles que se le enredaban entre el pelo (y Flammarión lo tiene frondoso), roces de barbas sin cara, pellizcos de yemas de dedos incorpóreos, y aun asegura que ha visto una aparición luminosa y blanca deslizarse entre la *medium* y su persona... Sobre tortas de masilla de vidriero fresca, se imprimieron las manos de los duendes dejando huella visible y clara; y todo, en fin, reveló la presencia de seres extraños, que es imposible clasificar ni entre los muertos, porque pegan, ni entre los vivos, porque no hay medio de devolverles los pellizcos, arañazos y bofetones. ¿Qué dijera de esto Sancho Panza? ¿Cómo explicaría tan singular conjunto de asombros y brujerías?

..

Y, á pesar mío, yo estoy en el número de los infinitos «condenados por desconfiados»; yo me inscribo en contra de esas fuerzas naturales desconocidas, que se presentan con todo el aparato de las grandes supercherías. Los siglos venideros dirán quién tenía razón, y confirmarán ó invalidarán las opiniones del autor de *La Atmósfera* y *Lumen*. Al presente todas son confusiones é incertidumbres, miedo á las trampas y ardid de los juglares..., y miedo también, es preciso reconocerlo, á ese *algo* superior á nosotros, que, según Lucrecio, engendró la creencia en lo supernatural. La inocente levitación de las mesas parece juego de niños, y su explicación física, aunque requiera alguna cultura el comprenderla, está al alcance de la mayoría; pero ¿cómo reducir á física pura esos dedos humanos vagando por el aire, esas barbas flotantes, esos fantasmas que no son sombra de un cuerpo? No presumamos de entendidos: ni lo entendemos, ni sé si llegará día en que alguien lo entienda.

..

La inestabilidad de los gobiernos va picando en historia. No es posible gobernar así. Quiero suponer que los gobernantes fuesen eminencias, hombres de Estado de la talla de los Gladstone y Pitt: ¿qué muestras habrían de dar de su capacidad, en periodos tan breves y con la única preocupación de un soldadito de plomo: tenerse para no caer? Y todavía se comprendería bien este incesante cambio de ministerio, si fuese España algún país donde la opinión pública apretase y se estrellase rugiente contra los gobiernos. Encalmada como está la opinión (á pesar de aparentes ó mejor dicho epidérmicas agitaciones), no se explica satisfactoriamente

«quel andare e venire.»

para mudar solamente de postura... Porque tengan la personal representación que tengan los presidentes de los gabinetes sucesivamente formados, y yo se la reconozco muy elevada á estos ilustres amigos míos, no es fácil que notemos los efectos ni de su talento, ni de su buen propósito, ni de su carácter, en la zozobra é incertidumbre que rodea su paso por el poder. Cualquier ministerio que dure años es preferible al que sólo dure meses.

Contra la opinión general, muy adversa á los polí-

ticos, diría yo que suben, la mayor parte al menos, animados de la intención de hacer algo, siquiera sea por acreditarse y lucirse. Aplican las mejoras que proyectan á su tierra, á sus amigos; pero mejoras son, aplíquense á quien se apliquen, y como no todos los hombres políticos tienen iguales amigos ni proceden de un mismo terruño, al cabo viene á ser equitativa la distribución. Si les dejases quietos algún tiempo, después de que hubiesen contentado á la mayoría—no á la del Congreso, sino á la de sus protegidos y gente grata (acaso sea lo propio)—empezarían, es seguro, á pensar desinteresadamente en el bien del común. ¡Pero si no les dejan ni lugar para disponer que las estufas del ministerio no atufen! Tanto como se habló allá en tiempos de un *ministerio relámpago*... Ahora todo se vuelve relampaguear, tronar y granizar, y el desfile de los ministros de un día parece la mueca de la Historia, filosóficamente alarmada por lo efímero de las grandezas y poderios humanos...

..

No es aventurado suponer que entre los que leen estas crónicas hay infinitos jugadores de lotería. Dice un refrán que el que juega mucho es un loco, y el que no juega nada un tonto. A esta cuenta, pocos tontos hay en España, pues raro será el español que no lleve su «participación» en un billete, especialmente para la clásica lotería de Navidad.

El fervor de ilusiones que estos días se produce en España (y en otros países, donde también se juega á la lotería nuestra) es uno de los fenómenos psicológicos más justificables, más disculpables. ¿Quién no ha fiado á la casualidad las dichas y las bienandanzas de la existencia? ¿No es en gran parte casualidad, en gran parte azar, lo que nos adviene? ¿Quién podrá jactarse de deber sólo á perseverante esfuerzo el triunfo? ¿Y quién no ha visto malogrado el esfuerzo, la constancia, la energía, entre burlescos é imprevistos casos, que se rien de la virtud, del mérito y de la labor titánica del hombre?

Si exactamente correspondiese el fruto al cultivo, ¿cuán sencillo sería el problema! Ni en esto, ni en nada, se desarrollan los sucesos lógicamente, equitativamente. Unos no reciben lo que ganaron, otros reciben lo que no merecen, de lo que son manifestaciones indignas. El vivir es juego de lotería; el premio grande cae en manos que no lo sabrán administrar, ni aun disfrutar; unos ponen para que otros gocen... Y así fué, es y será, hasta la consumación de los siglos... ¿Por qué, pues, censurar la lotería?

..

Es la lotería la esperanza que más barata se compra; la dicha soñada que no deja amargura al frustrarse. Nadie, porque no le haya tocado la lotería, se arranca los pelos; nadie maldice de la hora en que vino al mundo porque su décimo no salió premiado. Al contrario: yo conozco altruistas que hasta se felicitan y alegran de haber contribuido con su modesto óbolo á que existan algunos seres felices más la noche del 24 de diciembre. Se le echan mil culpas á la lotería, pero no la veo responsable de lágrimas ni de suicidios. Posee la virtud de, frustrada una esperanza, engendrar otra, y de aquella sacar otra más risueña aún, y así sucesivamente, hasta la última hora de nuestro paso por el planeta. ¿Qué mejor condición puede encontrarse en ese juego público, democrático, divertido, halagüeño y á veces hasta remunerador? Jamás suprimiría yo tal contribución indirecta.

..

No vayan á suponer los maliciosos que hablo así porque me ha caído algún premio... Escasos fueron los dulces que me dió á gustar la lotería, y es probable que salgo perdidosa en ella. Además, no soy jugadora apasionada, ni vuelvo á acordarme del papelito, una vez depositado en el cajón donde aguarda pacientemente su turno. Allí, hacinados décimos sobre décimos, me los tropiezo al cabo de meses, y entonces es cuando voy á averiguar si alguno es de fortuna. Mirar la lista es tarea prolija y no siempre dispongo de tiempo para compulsar documentos. Preferiría tomarlo con más interés; así sería mayor la diversión; pero no puedo; pienso en quinientas mil cosas antes que en el mágico papelito...

¡Felices los que lo miran diariamente, no lo pierden nunca, compran la lista con ansiedad febril, se prendan de un «bonito» número, no quieren dar participaciones, construyen castillos en el aire sobrecimientos de papel, sueñan que «les cae», y de antemano discurren en qué van á emplearlo! ¡Feliz la lechera, con su cantarilla!

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La credulidad humana es profunda y constante, y la necesidad de creer en lo sobrenatural, ó al menos en lo que rebasa de los límites de lo conocido como natural, se manifiesta en mil circunstancias y aprovecha toda ocasión de afirmarse. Pero al lado del fondo de credulidad, existe—especialmente en estos últimos tiempos, en que vagas nociones y ligeros y confusos datos científicos van infiltrándose hasta en las capas menos intelectuales de la sociedad—otro fondo, ó por mejor decir, otro prurito contrario: el de exteriorizarse como espíritu fuerte, alardeando de un escepticismo completamente pueril, porque muchas veces se ejercita, no contra la superstición, sino contra meros fenómenos científicos, desconocidos para el escéptico barato.

..

He podido comprobar esta observación á propósito del sencillo experimento, tan vulgar, de la levitación de las mesas por medio del fluido que desprende la cadena de las manos tocándose. Cuando se pasa una larga temporada en el campo, sobre todo teniendo reunida en casa alguna gente que entretiene la velada jugando á diversos juegos, inocentes y tradicionales—tresillo, ajedrez, dominó, adivinanzas, etcétera,—llega un momento en que se desea variar, y cada cual discurre una extravagancia que haga reír ó engañe el tiempo. Infaliblemente, siempre que proponíamos «hacer bailar el velador», salía á la superficie el afán de «no pasar por tonto», que es la fórmula de los escépticos infundados. Era inútil insistir en la afirmación de que ese fenómeno es cosa archinatural; en que ningún mago, maligno encantador, bruja misteriosa ó diabólico gnomio se mezcla en el asunto; en que las fuerzas actuantes sobre la mesa para hacerla levantarse en el aire, contra la gravedad, son las mismas que actúan sobre otros objetos animados é inanimados, produciendo resultados que nadie niega; fuerzas naturales, menos conocidas que las demás, y eso es todo.

¡Tiempo más perdido! Unos se reían á carcajadas, aplicando el pañuelo á la boca para no escandalizar; otros sonreían, fríos y desdenosos; otros me hacían un familiar guiño, como diciendo: «Entendido, siga la broma;» otros, aplicando al velador las manos extendidas, pujaban de él disimuladamente, para ayudar á la supuesta superchería. Y claro es que jamás salía bien la experiencia, que sólo tuvo pleno éxito un día